

TIGRES EN EL BARRO

Las memorias del comandante de carros alemán

OTTO CARIUS

EDICIONES PLATEA

Título original: Tiger im schlamm
Copyright © Otto Carius

Traducción: Fernando Vela/ Fernando Moliné/ Javier Romero

Agradecimientos de esta edición:

Hugo Álvaro Cañete Carrasco (Grupo de Estudios de Historia Militar)
Javier Veramendi B (Grupo de Estudios de Historia Militar)
www.GEHM.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo.

© 2012: Ediciones Platea S.C.P.
Francesc Ferrer i Guardia nº 25, 5º-2º. Mollet del Vallés. 08100. Barcelona.
www.edicionesplatea.com

1º Edición Julio 2012

ISBN:978-84-938863-2-5
Depósito Legal: B-18269-2012

Diseño de portada Martín Garcés

Fotos de portada y contraportada de la colección privada de Otto Carius
Todas las fotos usadas en esta edición pertenecen a la colección privada de Otto Carius

La llamada de la madre patria

—A mí también me gustaría saber qué pretenden hacer con ese enano— dijo uno de los que estaban jugando a las cartas. Mataban el tiempo jugando a las cartas, encorvados y con maletas sobre las rodillas, en un intento de hacer la marcha un poco más llevadera.

Con «ese enano» se referían a mí. Me encontraba junto a la ventana del compartimento con la mirada fija en las montañas Haardt mientras el tren recorría con su traqueteo las tierras bajas del Rin en dirección al este. Parecía como un barco que abandonaba la seguridad del puerto para navegar hacia lo desconocido. De vez en cuando tenía que asegurarme de que mi notificación de destino se encontraba realmente en mi bolsillo. En ella constaba lo siguiente: Posen¹, 104º Batallón de Reemplazo de Infantería. Infantería... ¡la reina de la batalla!

Yo era el bicho raro del grupo y, en realidad, no tenía motivos para culpar a los demás por no tomarme en serio. Sin duda alguna, no lo habían dicho en serio y, de hecho, era algo comprensible, pues me habían rechazado dos veces tras presentarme voluntario: «No apto para el servicio por peso insuficiente». Dos veces tuve que tragar saliva y secarme furtivamente las lágrimas. Por Dios Santo, ¡a nadie le preguntan cuánto pesa allá, en el frente!

Nuestros ejércitos se habían internado en Polonia en una marcha sin precedentes hacia la victoria. Solo unos días antes Francia había encajado los primeros y abrumadores mazazos de nuestras armas. Mi padre estaba en ese frente, pues había vuelto a tomar las armas al principio de estallar la guerra, lo que significaba que mi madre no tendría muchas preocupaciones domésticas cuando se le permitiera volver a nuestra casa, que se hallaba en la frontera. Yo tuve que pasar mi decimoctavo cumpleaños en Posen, sin mi familia por vez primera; solo entonces fui consciente de lo que les debía a mis padres por haber hecho de mí un joven feliz. Comencé a preguntarme cuándo y cómo podría volver a casa para sentarme al piano, tocar el chelo o el violín. Meses atrás quería dedicarme por entero a estudiar música, pero cambié de idea y empecé a encapricharme por la ingeniería mecánica. Fue por ello también que me presenté voluntario para la rama de anticarros, pero en la primavera de 1940 no necesitaban voluntarios. Se suponía que iba a convertirme en un soldado de infantería, eso tampoco estaba mal, pues lo importante era que ya estaba dentro.

Al cabo de un rato nuestro compartimento quedó en silencio. No me cabía duda de que todos tenían mucho en que pensar y durante nuestro interminable viaje tuvimos tiempo de sobra para ese cometido. Cuando llegamos a Posen, con las piernas entumecidas y las espaldas doloridas, nos alegramos de que las horas de introspección hubieran llegado a su fin.

Algunos soldados del 104º Batallón de Reemplazo de Infantería nos recibieron, nos dijeron que los siguiéramos y nos llevaron a nuestros puestos. Los barracones de la tropa no eran precisamente bonitos: había poco espacio y tenía que compartir una habitación común con otros 40 hombres. No nos quedaba mucho tiempo libre para considerar los elevados deberes de un defensor de la patria, pues se había iniciado una batalla por la supervivencia con los veteranos, que nos consideraban «extranjeros» fastidiosos. Mi situación era prácticamente desesperada: solamente una barba espesa era signo de verdadera hombría y, por aquel entonces, yo sólo tenía un poco de pelusa en la cara, de ahí que estuviera a la defensiva desde el principio. La envidia de los demás al ver que sólo tenía que afeitarme una vez por semana sólo empeoró las cosas.

¹ Nombre alemán de la ciudad polaca de Poznań (n. del e.).

Nuestra instrucción me sacaba de quicio. Solía pensar en mi instituto, el *Maximilianeum*, siempre que participábamos en ejercicios de instrucción o ceremonias hasta la extenuación, o cuando nos arrastrábamos por el barro en la zona de entrenamiento durante ciertos ejercicios. No aprendí el valor de aquella instrucción básica hasta más tarde, cuando pude utilizar los conocimientos adquiridos en Posen para salir de situaciones peligrosas. Unas horas más tarde olvidábamos el sufrimiento padecido y pronto se desvanecía la cólera que sentíamos por el servicio, nuestros superiores y las estupideces que nosotros mismos habíamos cometido durante el entrenamiento. Básicamente, todos estábamos convencidos de que aquello que hacíamos tenía un propósito.

Toda nación puede considerarse afortunada de contar con una joven generación que lo entrega todo por su país y que lucha tan desinteresadamente como hicieron los alemanes en las dos guerras mundiales. Nadie tiene el derecho de reprochárnoslo, como se hizo tras el fin de la guerra, incluso si se abusó de los ideales que nos inspiraron. Esperemos que se le ahorre a la generación actual la misma decepción a la que tuvimos que enfrentarnos nosotros, si bien lo mejor sería que llegara una época en la que un país no necesitara soldados al disfrutar de una paz permanente.

Mi sueño en Posen consistía en completar mi curso básico de infantería oliendo a rosas, aunque no tardé en desengañarme debido, principalmente, a las marchas a pie: comenzábamos marchando quince kilómetros, pero la distancia aumentaba cinco kilómetros cada semana, hasta llegar a los cincuenta. Además, existía una regla no escrita por la que los estudiantes de bachillerato tenían que llevar la ametralladora durante las marchas. Por lo visto, mis compañeros querían comprobar hasta dónde podía llegar mi obstinación, el más bajo del grupo. No resulta sorprendente que un día regresara al cuartel con tendinitis y una ampolla supurante del tamaño de un huevo pequeño. Así terminaron las demostraciones de mi capacidad como infante durante mi estancia en Posen. Más tarde, nos trasladaron a Darmstadt y, de repente, la cercanía de mi casa paterna hizo la estancia en los barracones más llevadera. Además, la perspectiva de que me fuera concedido un permiso de fin de semana era un incentivo adicional.

Supongo que la soberbia se apoderó de mí el día en que el comandante de la compañía buscaba doce voluntarios para el cuerpo Panzer. Se suponía que sólo los mecánicos podían presentarse pero el comandante, mostrándome una sonrisa comprensiva que, probablemente, indicaba lo mucho que se alegraba de librarse de mí, me permitió unirme a la fila de los doce voluntarios. No obstante, tras tomar aquella decisión, mi conciencia no estaba tan tranquila como debiera ya que mi padre me había dado permiso para alistarme en cualquier rama del ejército, incluyendo la aviación, pero me había prohibido categóricamente el cuerpo Panzer. Tengo para mí que mi padre me imaginaba dentro de un tanque, quemándome vivo entre atroces dolores. A pesar de la prohibición de mi padre, me encontré vistiendo el uniforme negro de las tropas blindadas. Debo decir que nunca me arrepentí de mi decisión y si tuviera que tomar las armas de nuevo ni siquiera me lo plantearía: el cuerpo Panzer sería mi única opción.

Volví a convertirme en un recluta cuando me uní al 7º Batallón de Reemplazo Panzer en Vaihingen. El comandante de mi carro era el *Unteroffizier* August Dehler, una persona extraordinaria y un buen soldado. Yo era el cargador y toda la tripulación no cabía en sí de orgullo cuando nos entregaron nuestros Panzer 38(t) checoslovacos². Nos

² Carro ligero, de 9,4 toneladas, diseñado en Checoslovaquia poco antes de la ocupación y anexión de Chequia por el III Reich, en marzo de 1939. Su denominación checa original era LT Vz 38 y, aunque no había comenzado su producción cuando llegaron los alemanes, ésta estaba lista para ser iniciada. Estos lo consideraron un carro aceptablemente bueno y barato y decidieron producirlo en las fábricas checas, cosa

sentíamos prácticamente invencibles con nuestro cañón de 3,7 cm y las dos ametralladoras checas. Nos entusiasmaba pensar que contábamos con blindaje pero más tarde nos daríamos cuenta de que este servía sólo como protección moral pues sólo podía protegernos del fuego procedente de armas ligeras.

Aprendimos los fundamentos de la guerra blindada en Putlos, Holstein, donde vimos por primera vez fuego real en el campo de entrenamiento. En octubre de 1940 se creó el 21º Regimiento Panzer en Vaihingen. Poco antes de que la invasión de Rusia comenzara el regimiento se integró en la *20. Panzer-Division* mientras recibía instrucción en Ohrdruf. Nuestro entrenamiento avanzado consistía en ejercicios conjuntos con unidades de infantería.

Cuando en junio de 1941 nos repartieron nuestras raciones básicas de emergencia supimos que algo estaba a punto de ocurrir, aunque nadie supo a dónde iban a destinarnos hasta que estuvimos en ruta hacia Prusia Oriental. A pesar de que los granjeros locales nos susurraban esto o aquello, nosotros estábamos convencidos de que íbamos a la frontera por motivos de seguridad. Esta convicción no era más que una ilusión cuyo origen se remontaba a nuestros días de instrucción en Putlos: allí usamos carros sumergibles que podían recorrer un trecho bajo el agua para emerger en la orilla. Por eso pensábamos que los ingleses serían nuestro oponente. Ahora estábamos en Prusia Oriental pero nuestras incertidumbres no nos torturarían mucho tiempo más.

Nos desplazamos a la frontera el 21 de junio. Tras recibir un informe de situación, finalmente nos enteramos de nuestro próximo papel en los acontecimientos que estaban a punto de producirse. Una gélida calma se instaló entre los miembros de la división a pesar de que, en el fondo, todos estábamos muy excitados. La tensión se volvió casi insoportable durante la noche. Prácticamente se nos salió el corazón del pecho cuando escuchamos los escuadrones de bombarderos y Stukas³ bramar sobre la división en dirección al este. Nos situamos en el linde de un bosque al sur de Kalwarya. Nuestro comandante había instalado una radio civil en su carro, que proclamó el inicio de la Campaña de Rusia cinco minutos antes de la Hora X. El único fuego real que habíamos oído había sido en los campos de tiro. Teníamos confianza en las manos veteranas, que ya se habían ganado sus Cruces de Hierro y sus Insignias de Asalto y ofrecían una impresión de imperturbable calma. Todos los demás teníamos el estómago y la vejiga agitados, pues creíamos que los rusos abrirían fuego en cualquier momento. No obstante, todo estaba muy tranquilo en el lado ruso y, para alivio de todos, recibimos la orden de atacar.

que hicieron hasta junio de 1942. De su casco se derivarían diversos modelos de blindados diferentes del carro de combate original como el excelente cazacarros Hetzer, producido hasta el final de la guerra (n. del e.).

³ Contracción de *Sturzkampfflugzeug*, bombardero en picado. Era el nombre con el que se conocía al Junkers 87, célebre bombardero monomotor, capaz de efectuar bombardeos en picado de extremada precisión (n. del e.).

Tras la estela de Napoleón

La ruptura a través de las posiciones fronterizas se produjo al suroeste de Kalwarya. Cuando por la tarde llegamos a Olita, tras una marcha por carretera de 120 kilómetros, nos sentíamos como experimentados veteranos. Aun así, todos nos alegramos cuando finalmente paramos pues nuestros sentidos habían estado sometidos a mucha tensión durante la marcha de aquel día. Todos habíamos ocupado nuestros puestos con las armas en ristre.

Como cargador del carro, mi posición era la peor. No sólo era incapaz de ver nada, sino que tampoco podía respirar aire fresco. Además, el calor que hacía dentro de nuestro cacharro era abrasador. Cada vez que nos aproximábamos a un granero cundía cierta excitación, pero ninguno estaba ocupado. Con mucha curiosidad, esperaba las descripciones que me hacía el comandante de mi carro y me resultó tremendamente emocionante la noticia sobre el avistamiento del primer ruso muerto. Estuvimos esperando con notoria ansiedad y expectación nuestro primer contacto con los rusos pero nada sucedió. Como no estábamos en el batallón de vanguardia, sólo podíamos esperar este contacto si el avance se detenía.

Y así, sin incidentes dignos de mención, llegamos al primer objetivo del día: el aeródromo de Olita. Allí nos deshicimos de nuestros polvorientos uniformes ya que, por fin, dispusimos de agua para llevar a cabo un lavado adecuado.

—Nunca imaginé que la guerra se ajustase al programa de entrenamiento— comentó nuestro artillero, que se desvivía por lavar su uniforme.

—Una guerra bastante agradable, la nuestra— dijo sonriente el comandante del carro, el *Unteroffizier* Dehler, tras sacar su cabeza de un balde de lavado, en lo que parecía un procedimiento interminable. Había estado en Francia el año anterior, lo que reforzó mi confianza en él cuando entré en combate por primera vez, emocionado pero, de algún modo, temeroso.

Literalmente tuvimos que sacar la mugre de nuestras armas, pues en caso de fuego real, ninguna habría funcionado. Tras las labores de limpieza todo quedó impoluto y comenzamos a esperar con impaciencia la cena.

—Parece que los chicos del aeródromo se fueron al pueblo— comentó nuestro operador de radio mientras limpiaba sus armas. Miraba hacia el linde del bosque donde los aparatos rusos habían sido pillados en tierra durante los primeros ataques de la Luftwaffe.

Nos habíamos quitado los uniformes y estábamos en la gloria. De forma involuntaria me vinieron a la mente las imágenes de las fotografías que venían con las cajetillas de cigarrillos y que todos habíamos coleccionado con pasión años atrás: «Campamento militar en territorio enemigo».

De repente, las balas comenzaron a silbar alrededor de nuestras cabezas. «¡Maldita sea!», blasfemó nuestro comandante, que estaba tumbado junto a mí en medio del polvo y la suciedad. No obstante, no maldecía contra el fuego enemigo sino contra mi torpeza, pues me había tumbado sobre su ración de pan del ejército. Era un bautismo de fuego bastante carente de romanticismo.

Los rusos aún estaban en los bosques que rodeaban el aeródromo. Se habían reagrupado tras la conmoción sufrida aquel día y comenzaron a dispararnos. Antes de que supiéramos realmente qué estaba ocurriendo, habíamos regresado a nuestros carros para dirigirnos hacia nuestro primer combate nocturno como si no hubiéramos hecho otra cosa durante años. Me sorprendió el silencio que todos adoptamos cuando nos dimos cuenta de los que estábamos haciendo iba muy en serio.

Casi nos sentimos como veteranos cuando al día siguiente prestamos nuestro apoyo en la batalla de carros de Olita forzando el cruce del Niemen. De alguna manera nos sorprendió saber que nuestros carros eran iguales que los rusos pese a algunas pérdidas por fuego amigo.

Nuestro avance continuó sin contratiempos y, tras la captura del área de Pilsudski, continuó hacia Vilna. Tras la caída de esta ciudad, el 24 de junio, nos sentíamos orgullosos y quizá un poco prepotentes. Creíamos que realmente habíamos formado parte de algo. Apenas notamos cuán exhaustos nos habían dejado los esfuerzos de la marcha. Sólo cuando nos detuvimos, caímos fulminados y dormimos como troncos.

No pensábamos mucho en lo que estaba sucediendo. ¿Quién podía detener un avance como este? Quizá unos pocos considerarían el hecho de que estábamos siguiendo el mismo camino que había tomado el gran Emperador francés Napoleón. Aquel mismo día, a la misma hora, pero 129 años atrás, dio la misma orden de ataque a otro grupo de soldados acostumbrados a la victoria. ¿Era aquella extraña coincidencia sólo una casualidad? ¿O quizá Hitler quería demostrar que no iba a cometer los mismos errores que el Gran Corso? En cualquier caso, nosotros, los soldados, creíamos en nuestras habilidades y en nuestra fortuna. Y fue bueno que no pudiésemos ver el futuro. En lugar de eso, sólo albergábamos la voluntad de proseguir nuestro avance y de poner fin a la guerra tan pronto como fuera posible.

La población lituana nos saludaba con entusiasmo en todas partes. Nos veían como liberadores. Quedamos bastante conmocionados al ver que los negocios judíos habían sido saqueados y destruidos por doquier justo antes de nuestra llegada, pues pensábamos que cosas así sólo eran posibles durante una «*Kristallnacht*»⁴ en Alemania. Nos irritó bastante y sólo pudimos condenar la ira de la muchedumbre, pero no tuvimos mucho tiempo para pensar en ello pues nuestro avance continuó sin descanso.

Hasta finales de julio participamos en el avance hacia el río Dūna⁵. Nuestras órdenes eran avanzar, avanzar y avanzar día y noche, durante las 24 horas del día. Se les pedía lo imposible a los conductores y pronto tuve que sentarme en el puesto del nuestro para relevar durante algunas horas a nuestro exhausto camarada. ¡Si al menos aquel insoportable polvo no estuviera por todas partes! Nos cubríamos la boca y la nariz con trapos para poder respirar entre las nubes de polvo que se levantaban en los caminos. Hacía tiempo que habíamos retirado las protecciones de los visores para, al menos, ver algo. Un polvo fino como la harina entraba en todas partes. Nuestra ropa, empapada de sudor, se nos pegaba al cuerpo y una gruesa capa de polvo nos cubría de pies a cabeza.

Con reservas suficientes de agua potable todo habría sido más llevadero, pero no era el caso, pues las órdenes prohibían beber el agua de la zona, ya que los pozos podían estar envenenados. En cuanto nos deteníamos, saltábamos de nuestros armatostes buscando charcos. Apartábamos la capa verde de la superficie y nos humedecíamos los labios, algo que nos permitía continuar un poco más.

Nuestro avance apuntó hacia Minsk. Entramos en combate al norte de la ciudad. Los rusos fueron cercados por primera vez, se cruzó el río Berezina y el avance continuó hacia Vítebsk. El ritmo de la marcha no se relajaba. Hasta los suministros tenían ahora problemas para seguirnos. Desde luego, las tropas de a pie no podían seguirnos por

⁴ La «*Kristallnacht*» o «Noche de los cristales rotos» consistió en una serie de ataques, orquestados por el NSDAP, contra los judíos y sus propiedades que tuvieron lugar en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 (n. del e.).

⁵ Nombre alemán del río Daugava.

mucho que avanzaran a marchas forzadas. Nadie se preocupaba por las zonas que se extendían a ambos lados de la *Rollbahn*⁶.

Los partisanos, a quienes conoceríamos más tarde, se ocultaban allí. Nuestras panaderías de campaña se encontraban en la retaguardia y el pan del ejército se convirtió pronto en un escaso manjar. Aunque las aves de corral nos proporcionaban mucha carne, un menú tan monótono no tardó en aburrirnos. Se nos hacía la boca agua pensando en pan y patatas. No obstante, los soldados que avanzan mientras escuchan en la radio las trompetas y fanfarrias de los anuncios sobre una victoria especial, no se toman nada muy en serio.

El ocho de julio nos dieron. Tuve que retirarme por primera vez. Íbamos en vanguardia. Fue en Ulla, un pueblo totalmente calcinado. Nuestros ingenieros habían construido un puente de pontones sobre el río Düna junto al que habían volado los rusos. Por allí habíamos atravesado las posiciones situadas a lo largo del Düna. Nos dejaron fuera de combate justo al lado de la línea del bosque, al otro lado del río. Todo sucedió con la rapidez de un rayo: un impacto contra nuestro carro, un crujido metálico, el grito de un camarada ¡Y eso fue todo! El impacto había perforado una gran placa de blindaje junto al asiento del operador de radio. Nadie tuvo que decirnos que saliéramos del carro. Hasta que me pasé la mano por la cara, mientras nos arrastrábamos por la cuneta que había junto al camino, no me di cuenta de que también me habían alcanzado a mí. Nuestro operador de radio había perdido el brazo izquierdo. Maldijimos el quebradizo acero checoslovaco que tan fácil se lo había puesto al cañón contracarro ruso de 4,7 cm⁷. Las piezas de nuestro propio blindaje y los pernos de ensamblaje causaron un daño considerablemente mayor que la propia metralla del proyectil. Mis dientes rotos pronto terminaron en el cubo de basura del puesto de primeros auxilios. La metralla que se me había incrustado en la cara permaneció en ella hasta que aparecieron las primeras luces del alba, tal y como alguien había predicho acertadamente.

Regresé al frente haciendo autostop. Las aldeas incendiadas me señalaron el camino hasta que me reuní con mi compañía justo antes de Vitebsk. La ciudad en llamas imprimía tonos sangrientos en el cielo nocturno. Tras la toma de Vitebsk al día siguiente, comenzamos a darnos cuenta de que la guerra no había hecho más que empezar.

Avanzar, defender, vencer la resistencia, proseguir... siempre estábamos alternando estas actividades. Los sucesos acaecidos durante tres semanas sólo ocuparon unas pocas líneas en mi diario:

11/7 al 16/7: Avance vía Demidow-Duchowschtschina hacia Jarzevo (carretera principal de Smolensk a Moscú) para rodear a las fuerzas enemigas en la zona de Vitebsk-Smolensk. Lucha por los pasos sobre el Dnieper en Ratschino.

17/7 al 24/7: Combates defensivos por Jarzevo y en el río Vop. Combates defensivos en la posición del Vop-Votrja. Combates para destruir las fuerzas atrapadas en el cerco de Smolensk.

25/7 al 26/7: Persecución a lo largo del alto Düna.

27/7 al 4/8: Batalla defensiva en Jelnja y Smolensk. Combates defensivos en el Vop y frente a Bjelaj.

⁶ Las *Rollbahnen* eran carreteras de mucha importancia estratégica, designadas por la Wehrmacht (como es el caso de esta, la más importante, que iba de Brest-Litovsk a Moscú pasando por Minsk) (n. del t.).

⁷ El cañón contracarro soviético estándar en esta época era un 45 mm, pero también se usó cierto número de cañones contracarro austriacos Böhler de 47 mm de calibre (n. del e.).

Tras esta sobria recapitulación de los hechos se esconden las penalidades que solo pueden llegar a entender los que allí estuvieron. Para aquellos que no estuvieron presentes su descripción podría resultar exagerada. Se me permitirá, pues, omitir comentarios más gráficos debido a que lo presencié todo desde el punto de vista de un cargador. Esta posición no es la más apropiada para ofrecer una visión general de las operaciones llevadas a cabo.

Todos y cada uno de nosotros nos esforzamos y nos tomamos con calma todos los disgustos. Estábamos convencidos de que solo podríamos triunfar si cada soldado daba lo mejor de sí mismo.

A pesar de todo, a veces, ciertos individuos que no asumían sus deberes y responsabilidades nos sacaban de nuestras casillas. Tras un caluroso día de lucha durante el que nuestras resacas gargantas habían clamado en vano por un poco de agua, comenzamos a echar pestes cuando nos llegó la noticia de que el comandante del batallón había ordenado que le prepararan un baño con nuestra agua para el café. Este increíble comportamiento por parte de un superior iba más allá de nuestra comprensión. No obstante, la imagen de nuestro superior tomando un baño nos brindó tantas ocasiones de burlarnos con la típica y tosca sorna de la soldadesca, que más tarde sólo lo tratamos desde el punto de vista humorístico.

Los primeros T-34

Otro suceso que nos cogió como si nos hubiera caído encima una tonelada de ladrillos fue la aparición de los primeros carros rusos T-34. Nos sorprendieron completamente, ¿cómo era posible que «los de arriba» no conocieran la existencia de este carro superior?

El T-34, con su excelente blindaje, su configuración ideal y su espléndido cañón largo de 7,62 cm sería temido por todos y una amenaza para cualquier blindado alemán hasta el final de la guerra. ¿Qué se suponía que debíamos hacer contra tales monstruosidades que los rusos arrojaban contra nosotros en enormes cantidades? Con nuestros cañones lo único que podíamos hacer era «llamar a la puerta»; dentro los rusos podían jugar tranquilamente. En aquella época el 3,7 cm Pak⁸ era aún el arma antiblindaje más poderosa que teníamos. Con suerte, podíamos acertar al T-34 en el anillo de la torre y atascarla; con muchísima más suerte el carro podía quedar fuera de combate. Ciertamente, nuestra situación no era muy halagüeña.

Nuestra única salvación era el 8,8 cm Flak⁹. Gracias a estos cañones podíamos hacer frente incluso a estos nuevos carros rusos. Por esta razón, todos comenzamos a profesar el mayor de los respetos a las tropas de defensa antiaérea, un colectivo al que anteriormente habíamos dedicado condescendientes sonrisas.

Como si Iván¹⁰ percibiera nuestros apuros, comenzó a atacar nuestro sector por primera vez con su «¡Urraaaay! ¡Urraaaay!». Al principio creímos que era nuestra infantería la que atacaba con su propio «¡Hurra!». No obstante, pronto supimos que no. Con Moscú casi a nuestro alcance —en nuestra opinión— comenzamos a darnos cuenta de que ya no era posible contar con un final rápido de la campaña.

Tenía, pues, sentimientos encontrados cuando recibí la orden de trasladarme a Erlangen con el 25º Batallón de Reemplazo Panzer el 4 de agosto de 1941, tres días después de bordar el cordón de *Unteroffizier* en los galones de mi uniforme.

En Erlangen pudimos sacarnos el permiso de conducción para camiones y carros. Justo después, nos trasladamos a Wünsdorf, cerca de Berlín, para asistir al curso de candidatos a oficiales número ocho.

El 2 de febrero de 1942 se me informó de que no había aprobado el curso. Estaba claro que, al igual que Gert Meyer y Klaus Waldenmeier de nuestro pelotón, no me lo había tomado con la seriedad requerida. Además hubo una pregunta que, realmente, no debí haber formulado; pensé que tenía la ocasión de confiar mis dudas a los instructores, sin embargo, mis superiores no encontraron graciosa en absoluto la pregunta «¿los oficiales de la reserva son también humanos?». Así pues, continuamos siendo suboficiales y candidatos a oficiales cuando terminó el curso, pero no nos desilusionamos por ello.

Después de todo, los tenientes recién salidos de la academia debían prestar servicio en las unidades de reemplazo mientras que a nosotros se nos destinaba de nuevo a nuestro antiguo regimiento. Nos despidieron con palabras de ánimo; cuando nos marchábamos nuestro oficial de tácticas, al cual admirábamos por ser todo un personaje y por llevar a cabo sus tareas con verdadera pasión, nos dijo que estaba

⁸ Cañón contracarro alemán estándar al comienzo de la II Guerra Mundial, de 37 mm de calibre (Pak, contracción de *Panzerabwehrkanone*, o «cañón contra blindados») (n. del e.).

⁹ Célebre cañón antiaéreo alemán, de 88 mm de calibre, a menudo empleado también contra objetivos terrestres, especialmente en el papel de contracarro, por su gran poder de penetración y largo alcance (Flak, contracción de *Flugabwehrkanone* o cañón contra aeronaves) (n. del e.).

¹⁰ En la jerga de los soldados alemanes (y de otros países), mote aplicado al enemigo ruso, en sentido amplio (n. del e.).

seguro de que pronto obtendríamos nuestro objetivo en el frente. Sería allí donde podríamos demostrar con más facilidad nuestra capacitación para ser oficiales. Queríamos probar que estaba en lo cierto.

Aún hoy pienso en él. Felicité para mis adentros a la *Bundeswehr* por su suerte cuando descubrí que el *Oberst* Phillip era el comandante de entrenamiento en Andernacht¹¹.

¹¹ La academia de Andernach donde se formaron las primeras unidades de la recién creada *Bundeswehr* en 1956 y donde Adenauer les pasó revista por primera vez el 20 de enero (n. del t.).

